



REFRANES Y DICHOS

Gallo que no canta, algo tiene en la garganta.

Se usa para señalar con extrañeza a quien, llamado a intervenir en algo que le afecta, mantiene un obstinado silencio.



Con el tiempo y una caña, hasta los verdes se alcanzan.

En su sentido literal alude a los higos y las brevas que, antes o después, acaban por caer del árbol. Sirve para indicar, como en la copla, que con tiempo, habilidad y paciencia se consigue aquello que se desea.

Haragán y gorrón, parecen dos cosas, y una sola son.

Señala que estas dos actitudes son indisociables, porque el que no trabaja y a pesar de todo como, por fuerza ha de hacerlo a expensas de otro.

Casa de Dios, casa de toos.

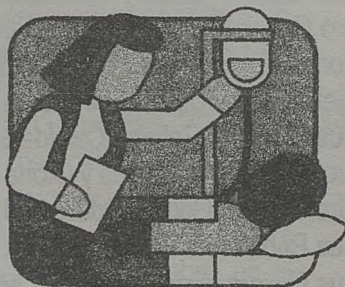
Porque el templo es, como dice la copla, una de las cuatro cada seguras con que cuenta el pobre: "Cuatro casas tiene abiertas/ el que no tiene dinero:/ la cárcel, el hospital,/ la iglesia y el cementerio."

No pica la abeja a quien en su paz la deja.

Este refrán advierte que, en ocasiones, es nuestra propia impertinencia es la que nos hace reos del castigo recibido.

Salud es al enfermo la cara del médico.

Dice que por lo regular la sola presencia del médico actúa bienhechoramente sobre el estado del enfermo. No ocurría lo mismo Molière, quien, postrado una vez de cierta gravedad, cuando le anunciaron la visita del médico, exclamó dando un respingo: "¿El médico? ¡Qué horror! ¡Decidle que no puedo recibirle, que estoy enfermo!"

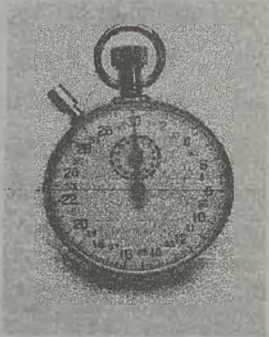


Enero y febrero comen más que Madrid y Toledo.

Alude a las carnes que durante esos meses, por la falta de pastos, pierde el ganado.

A buenas horas, mangas verdes.

Se emplea la expresión como reproche a alguien que llega tarde a ayudar a otra persona, o para eludir a una persona que dice algo fuera de tiempo y de lugar.



Se remonta a finales del siglo XV, cuando los Reyes Católicos fundan el cuerpo de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, una especie de policía rural destinada a socorrer a las gentes de los pueblos y perseguir, juzgar y castigar los delitos que se cometieran fuera de las ciudades. Al parecer, dicho cuerpo no tenía a gala precisamente la puntualidad. En muchos textos de la época se alude precisamente a eso, al retraso con que llegaban a dar socorro... Por cierto, el uniforme de estos cuadrilleros consistía en una especie de casaca con mangas verdes.

Meterse en camisa de once varas.

Meterse una persona en asuntos o problemas que no son necesarios, que no le competen o que no reportan ningún beneficio. Se suele emplear con forma negativa: *Claro, se rompió el grifo y en vez de avisar al fontanero te metiste en camisa de once varas y, no sólo no lo arreglaste, sino que lo estropeaste más.* En la Edad Media era costumbre al adoptar a un hijo que quien iba a ser el padre adoptivo lo metiera por la manga de una camisa muy amplia —de ahí la medida de once varas— y lo sacara por la cabeza, queriendo simbolizar un segundo nacimiento. Quien se metía en esa camisa, por tanto, iba a dar en una familia y a un lugar que no eran los suyos.

Revolver Roma con Santiago.

Buscar en todas partes o aplicar todos los recursos para encontrar o conseguir algo. *Ha revuelto Roma con Santiago, pero, al final, ha conseguido el visado.* Roma y Santiago de Compostela eran y son dos de los centros más importantes de peregrinación de la cristiandad. Los peregrinos de mayor reconocimiento o que obtenían mayores prebendas religiosas eran los que iban a Roma y a Santiago.